

prueba de ello son, por ejemplo, las contribuciones de Étienne Fouilloux sobre la «nouvelle théologie» (1930-1960), Anne-Marie Pelletier sobre «Religión y cultura. El interés cultural por la Biblia en la Francia contemporánea» y Michel Lagrée, fallecido con posterioridad al coloquio, sobre «Religión y mundo moderno».

La ponencia introductoria de Yves-Marie Hilaire: «État des lieux: France», trasluce el cambio operado en los historiadores franceses como consecuencia del magisterio incontestado de personalidades como los franceses Henri-Irénée Marrou, René Rémond, André Latreille, Émile Poulat y Jean-Marie Mayeur, y el belga Roger Aubert, etc. Quizá una de las consecuencias más apasionante de la evolución historiográfica ha sido la quiebra de esa empobrecedora bipolaridad cultural y social entre conservadores y progresistas, modernistas e intransigentes, derechas e izquierdas políticas, que fue muy utilizada por los «medios». Hilaire se limita a poner un ejemplo: el catolicismo social francés y la democracia cristiana francesa, que tuvieron una influencia muy notable en el siglo XX, procedían del catolicismo integrista francés.

Deseo señalar dos trabajos de españoles; la ponencia de Antón M. Pazos sobre «Parroquias y clero parroquial», y el estudio de Feliciano Montero «El catolicismo social en España. Balance Historiográfico». José Andrés-Gallego ofrece unos apuntes sugestivos, titulados «Los “movimientos” en la historia religiosa reciente», que probablemente elaborará más en el futuro (así lo esperamos), por tratarse de un tema nuevo y relevante.

Como es natural, esta obra es un libro para ser leído, y para ser leído con sosiego. Esta idea se proyecta de modo especial en la contribución del malogrado Michel Lagrée: «Religión et monde moderne». Serena y abierta la actitud de Lagrée que no da por incuestionables las ideas que recibe y que busca, en la permanencia del catolicismo a través de los tiempos, una permanente actualidad. (No olvidemos que en castellano *moderno* es sinónimo de *actual*).

Nunca pensé que esta reseña me llevaría a desautorizar a Berzal de la Rosa que repite un tópico de Martínez Sanz sobre la publicación del llamado *Informe Onaindía*. En la revista «Historia» [16/134.VI.1987] escribí, entre otras cosas: «quiero hacer constar que he publicado un documento inédito». Si por inédito se entiende: «desconocido, nuevo», entonces con mayor razón afirmo que descubrí el *Informe Onaindía*: manifesté, hice patente, destapé lo que está tapado. Gutiérrez Álvarez no pudo publicar ese *Informe* en 1970, porque era un documento «secreto y reservado». Pueden preguntárselo a Hilari Raguera...

No deseo que este último párrafo empañe mi testimonio de admiración por la obra que reseño. Obra difícil, porque hacerla con rigor comporta leerse todos los libros que se citan.

F. de Meer Lecha-Marzo

Gonzalo REDONDO, *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)*, II/1. *Los intentos de las minorías dirigentes de modernizar el Estado tradicional español (1947-1956)*, EUNSA, Pamplona 2005, 1049 pp.

El profesor Gonzalo Redondo acaba de publicar el volumen primero del segundo tomo de su obra *Política, cultura y sociedad en la España de Franco (1939-1975)*. El volumen recientemente editado se titula: *Los intentos de las minorías dirigentes de modernizar el Estado tradicional español (1947-1956)*.

Este notable estudio se inserta en el proyecto de renovación historiográfica que inició Gonzalo Redondo en 1985. Comenzó con el análisis de la vida política, cultural y religiosa durante la II República y la Guerra civil española. Aquellos primeros años de investigación se plasmaron en dos tomos sobre la historia de la Iglesia en España de 1931 a 1939, publicados en 1993. Seis años después apareció el tomo I de la nueva serie de investigaciones: *La configuración del Estado español, nacional y católico (1939-1947)* (1999).

El historiador que haya seguido las publicaciones de Redondo Gálvez habrá visto como el autor ha pasado de ser un historiador de libros a un historiador de fuentes primarias, con una extraordinaria utilización de archivos personales. Esa documentación, en su inmensa mayoría inédita, le permite prescindir de modelos previos, y liberarse de los «lugares comunes» de una historiografía que se considera «canónica» al hacer la historia de la vida de la sociedad española durante el tiempo de Francisco Franco. La masiva utilización de fuentes primarias no le aleja de la lectura de la historiografía más reciente sobre España y sobre el contexto europeo, historiografía con la que entra en diálogo.

Gonzalo Redondo no adjetiva al general Franco como el «dictador cruel, sanguinario y maquiavélico», sólo preocupado de perdurar en el poder, capaz de instrumentalizar desde la Iglesia católica a la Falange. Sin embargo, Redondo considera que el componente ético tiene un papel fundamental en el quehacer del historiador. Entiende, al igual que otros historiadores del tiempo actual, que un historiador puede emitir juicios éticos sobre actuaciones políticas, actos humanos, modos de comprender el hombre su relación con los demás... La condición de todo hombre creado a imagen y semejanza de Dios comporta una dignidad que trasciende toda época y cultura, y con referencia a esa dignidad pueden ser juzgadas o valoradas culturas, modos de organizar la sociedad política, decisiones personales, etc. Por ejemplo: parece razonable pensar que no es coherente con la dignidad de la persona afirmar que no es buen ciudadano español aquel que no es católico; intentar la muerte civil de la persona que tiene unas ideas políticas, culturales, académicas,... distintas a las del que gobierna; instrumentalizar la fe para un fin político o cultural; etc.

Gonzalo Redondo está en esa tradición, que reflejó con precisión un texto de Juan Pablo II: «un correcto juicio histórico no puede prescindir de un atento estudio de los condicio-

namientos culturales del momento... Pero la consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos» (*Tertio millennio adveniente*, 35) (cfr. *Memoria y reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*, 97-123). Es evidente que un católico es Iglesia. Sus juicios son evidentemente juicios personales. Pero, nadie le impide formularlos. Redondo entenderá en diversos momentos que los actos del general Franco, de sus ministros, de personas relacionadas con la vida cultural y política de la época, están en las antípodas de las consecuencias de la fe que sinceramente afirmaban profesar.

Llegar a esas conclusiones no es fácil y por ello Redondo ha tratado de hacer realidad lo que DUBY llamó la primera condición de la ética de un historiador: «intentar agotar las fuentes». Esa muy sobresaliente utilización de fuentes primarias no impide una segunda condición: de una persona no es necesario decirlo todo. Hay hechos, circunstancias... que no es necesario narrar. Al leer al profesor Gonzalo Redondo se advierte con facilidad que el autor es ajeno a los planteamientos historicistas, cultural relativistas, o identificados con éticas de situación. Esos modos de ver la realidad tienden a considerar que toda decisión, modo de vida, etc., queda justificada por la cultura en la que un individuo vive, ya que ésta, como la naturaleza humana, cambia con el tiempo. Es coherente que esos autores sean muy indulgentes, incluso vivan en permanente estado de amnistía, respecto todos los dictadores que se enraizaron en el marxismo, y no se entienden tanto que sean tan implacables con todo gobernante autoritario no marxista. Quizás suceda que en el fondo de su conciencia los historiadores cultural relativistas se dan cuenta que no todo vale. En tal caso, las acciones de Hitler hubieran sido vanales.

Parafraseando unas palabras a las que antes me referí se puede decir que «un correcto juicio histórico no puede prescindir de un atento estudio de los condicionamientos culturales

del momento... Pero la consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa del deber de exponer los errores». El lector tiene la impresión que esta idea constituye como un «gen historiográfico» en el profesor Gonzalo Redondo. Por una parte trata de individuar las diversas minorías, sus proyectos culturales y políticos y los medios empleados para hacerlos realidad. Ese estudio lo realiza Redondo al historiar los graves problemas de la vida del gobierno y de la sociedad española en el contexto de la situación internacional en los primeros años de la guerra fría (1947-1951).

A lo largo de unos años con momentos apasionantes el autor nos ayuda a ver qué paso, y por qué pasó lo que pasó, en la cultura y la política españolas desde agosto de 1947 hasta junio 1951; analiza la pugna de las minorías políticas para controlar la educación del príncipe Juan Carlos, y verifica el peso de las formas culturales del pasado en las decisiones de los políticos y de los intelectuales.

A lo largo de su rica producción historiográfica Gonzalo Redondo ha enriquecido sus ideas sobre el concepto de tradicionalismo y los tradicionalistas de carne y hueso, y los diversos liberalismos y los liberales que caminan por la calle, o ejercen su magisterio desde una cátedra.

La realidad que se observa es la siguiente: entre aquellos que pensaban que sólo había una solución para el futuro de España –por supuesto la suya– surgieron cinco minorías que se ofrecieron al general Franco: conservadores autoritarios dinásticos, tradicionalistas carlistas, falangistas franquistas, demócratas-cristianos franquistas, liberales autoritarios de matriz falangista. Ciertamente entre todos formaban la conjunción nacionalista española conservadora y autoritaria.

Pocos términos hay en la historia de las ideas políticas más polisémico que el término «liberal». Pues sí, había franquistas que se consideraban liberales. Tan liberales como podía ser Ortega y Gasset. Ellos era los ejemplares, los demás

debían de ser los dóciles. Todos eran tradicionalistas autoritarios: como su solución era la verdadera, las otras soluciones quedaban excluidas.

Sin embargo, quizá podemos entender que lo que les llevaba a ser excluyentes y a tratar de aniquilar civilmente a aquellos que tenían unas ideas distintas a las suyas, era su condición de «minorías» y la debilidad de sus ideas. Es decir, eran pocos, sus ideas no se habían hecho vida en sectores amplios de la sociedad, no eran capaces de proponer y convencer; por tanto, el único modo de llegar a gobernar, y conformar a la sociedad, era captar la voluntad del general Franco y aniquilar civilmente a quienes discrepaban de ellos. Los gobiernos de los regímenes autoritarios son políticamente muy débiles, y no les queda más remedio que proceder a reprimir con extraordinaria dureza. Aquel que ha estudiado diligentemente la historia sabe que son muy pocos los gobiernos, las autoridades que respeten la actuación libre de sus conciudadanos y las consecuencias de esa acción libre. Si la posibilidad de actuación social es muy limitada, toda acción diferente a los actos del gobierno tiende a verse como un intento de fractura de la única idea que se considera digna de modelar a la sociedad.

Una de las realidades más atrayentes de este libro es el estudio del peso de las concepciones culturales, y la fuerza de ese liberalismo elitista «el ejemplar y sus dóciles». El peso de esas ideas en las diversas opciones culturales de la sociedad es la causa que hizo y hace de España un país difícil para el ejercicio de las libertades sociales, culturales y políticas. Parafraseando a Milton Friedman se puede escribir: «se dice que las ideas básicas son de participación democrática, la realidad de los que gobiernan es el autoritarismo».

Como ya se ha señalado este libro se fundamenta en la más amplia base de archivos personales que haya utilizado un historiador del tiempo presente en España. Se trata de ochenta archivos que, junto a sesenta archivos más, constituyen el *Fondo para la Historia de España s. xx*, configurado y organizado por el

profesor Gonzalo Redondo en la Universidad de Navarra. Se trata de una poderosa herramienta historiográfica que, junto a la madurez del *approche* de historia intelectual y política de Gonzalo Redondo, hacen de ese libro una referencia imprescindible para el que desee conocer la vida política, cultural y religiosa de España entre 1947 y 1951.

F. de Meer Lecha-Marzo

Josep-Ignasi SARANYANA (ed.), *Cien años de pontificado romano (1891-2005)*, EUNSA, Pamplona 2006, segunda edición corregida y ampliada, 278 pp.

Esta monografía presenta, de forma amena y rigurosa, los nueve pontificados de los últimos cien años, a partir de 1891, en que León XIII publicó la encíclica *Rerum novarum*, hasta los actos finales del pontífice Juan Pablo II, fallecido en 2005. Con relación a la primera edición, aparecida en 1977, esta segunda incorpora un apéndice sobre los últimos siete años del pontificado de Juan Pablo II, corrige algunas erratas y precisado algunas nociones históricas y completa la bibliografía final de cada uno los capítulos.

Está dividida en una presentación general, a cargo de su editor, y un capítulo para cada uno de los pontífices, redactados respectivamente por Teodoro López (León XIII), Emmanuel Cabello (San Pío X), Federico M. Requena (Benedicto XV), José Escudero Imbert (Pío XI), José Orlandis (Pío XII), Primitivo Tineo (Juan XXIII), José Luis González Novalín (Pablo VI), Enrique de la Lama (Juan Pablo I y Juan Pablo II), Josep-Ignasi Saranyana (los últimos años de Juan Pablo II) y Carlos Soler (la Santa Sede y la comunidad internacional durante el siglo XX). Unos exhaustivos índices de nombres facilitan mucho la consulta de esta obra, que se ofrece como un manual de historia de la Iglesia del siglo XX *sub specie paparum*, como dicen los editores.

F. Labarga

Juan L. SCHENK SANCHIS - Vicente CÁRCCEL ORTÍ, *Benedicto XV, papa de la paz*, Valencia 2005, 278 pp.

Vivir largos años sobre la tierra, es una bendición de Dios, pero resulta también una ventaja para quien trabaja en historia porque le permite recordar cosas antiguas, que a la mayor parte de los contemporáneos sólo son accesibles a través de las fuentes literarias. Es lo que me ocurre a mí en este caso: entre los recuerdos más lejanos de la infancia está el haber visto un «noticiero», entonces de palpitable actualidad, titulado «Los funerales del papa Benedicto XV».

Corría el año 1922, pues en aquel mes de enero murió el Pontífice. Su figura ha cobrado nueva actualidad por el hecho de que Josef Ratzinger, al ser elegido Papa el 19 de abril de 2005, escogió el nombre de Benedicto, convirtiéndose así en Benedicto XVI. Pocos días después, en la primera Audiencia general, el nuevo Pontífice reveló la razón principal por la que había tomado aquel nombre: «He querido –dijo– llamarme Benedicto XVI para vincularme idealmente al venerado Pontífice Benedicto XV, que guió a la Iglesia en un periodo agitado a causa del primer conflicto mundial». Cárcel Ortí ha tenido la feliz idea de ofrecer al lector actual la imagen un tanto desdibujada de Benedicto XV; y, para ello, lejos de improvisar contra reloj una biografía, ha recurrido a la colaboración póstuma de otro sacerdote, valenciano como él y fallecido hace pocos años: Juan E. Schenk. Este último había sido uno de los principales colaboradores de la versión española de la clásica *Historia de la Iglesia* de Fliche y Martín. El libro que comentamos recoge muchas de las páginas dedicadas a Benedicto XV del volumen XXVI de esa *Historia*, que versa sobre el tema «Guerra Mundial y Estados totalitarios».

Vicente Cárcel presenta el libro con un prefacio, y escribe una parte I con el título de «Benedicto XV, Profeta de la paz». Cárcel remata también el libro con una postfacio, que sirve de enlace entre las figuras de los dos Pa-